

**Fernández, Víctor Manuel**

*Espiritualidad de la vida matrimonial*

Revista Vida Pastoral, N° 245, 2004

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *Espiritualidad de la vida matrimonial* [en línea]. *Revista Vida Pastoral*, 245 (2004)

<http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/index.php?seccion=articulos&id=106>

Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/espiritualidad-vida-matrimonial-victor-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Publicado en:

<http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/index.php?seccion=articulos&id=106>

## Iglesia y mujer

### *Espiritualidad de la vida matrimonial*

Autor: [Víctor Manuel Fernández](#)

***Recordando que la espiritualidad no son sólo los momentos de oración privada sino también la mística de una acción o de una forma de vida, el autor reflexiona sobre la espiritualidad matrimonial como aquella forma del seguimiento de Cristo que tiene algo propio que la diferencia de otras por partir de la experiencia familiar.***

Hace varias décadas el Concilio Vaticano II se refería al apostolado de los laicos destacando una firme convicción sobre la espiritualidad específica que brotaba de la vida familiar. Ya se decía que a la espiritualidad común "debe conferírle un matiz característico el estado de matrimonio y familia" y que "ni la atención de la familia, ni los otros deberes mundanos deben ser algo ajeno a la orientación *espiritual* de la vida" (*Apostolicam actuositatem*, 4). Por eso, vale la pena que nos detengamos a describir algunas notas fundamentales de esta espiritualidad específica que se desarrolla en el mismo dinamismo de relaciones de la vida familiar.

### **Comunión total**

Puesto que "la persona humana tiene una innata y estructural dimensión social" (*Christifideles laici*, 40), una espiritualidad que penetre al hombre entero ha de manifestarse en el modo de relacionarse con los demás. Esto vale particularmente para la familia, ya que "la expresión primera y originaria de la dimensión social de la persona es el matrimonio y la familia" (*Christifideles laici*, 40); por lo tanto, la fraternidad evangélica encuentra aquí el primer ámbito de manifestación y desarrollo.

La familia ofrece una mayor posibilidad de relaciones auténticas, porque en el hogar no se muestra una máscara ni se cuida la apariencia; allí uno se manifiesta tal cual es; si la posibilidad de descubrir las mutuas miserias es mayor, también son mayores las posibilidades de encontrarse de verdad y con plena autenticidad; reconociendo con realismo y paciencia la combinación de luces y sombras que habita en uno y en los otros, la familia debería ser el espacio donde sea posible perder el miedo de amar.

Esta comunión realista está hecha de muchas ofrendas y de múltiples "negociaciones". En el diálogo sincero, cada uno expresa lo que necesita y lo que está dispuesto a aportar para salvar la comunidad familiar y para salvarse juntos. Cuando la familia pasa a ser un proyecto común y un bien preciado que los miembros quieren salvar para no fracasar, se debilitan las envidias, los celos, las pretensiones exageradas, la rutina prolongada, y se busca a todo una salida posible y creativa. Con la habilidad que otorga el amor, siempre se puede hallar, en la relación con el otro, un atractivo insospechado.

Aunque el sueño de una familia ideal no parezca posible, "...un intento de ascensión progresiva, de avance continuo, está dentro de nuestra pobre libertad" (E. López

Azpitarte, "Amor, indisolubilidad y rupturas matrimoniales": *Selecciones de Teología Moral* 6 [1994] 16). Porque "...amar a un ser es esperar de él algo indefinible e imprevisible, y es, al mismo tiempo, proporcionarle de alguna manera el medio de responder a esa esperanza" (G. Marcel, *Homo viator*, Paris 1944, 66).

En este camino es sumamente importante todo lo que ayude a mirarse, a dirigirse la palabra, a tocarse y a derribar las barreras de la indiferencia para alimentar la comunión.

La familia es el ámbito donde se vive la espiritualidad de sufrir y soportar juntos los fracasos, de festejar juntos los éxitos y las alegrías, de defendernos y apoyarnos y de compartir una aventura común que nadie sabe cómo terminará. El gozo y la ternura que sienten los cónyuges cuando han luchado y sufrido juntos por algo y lo han conseguido, es una de las experiencias más dulces que pueda ofrecer la vida. Pero podemos decir que la comunión matrimonial acoge el llamado de Dios a la comunión *total*, por dos motivos:

\* Porque implica poner a disposición lo que más cuesta compartir: los bienes y el tiempo personal.

\* Porque esta comunión alcanza su máxima expresión en la unión sexual, cuando ésta es verdadera manifestación de una vida compartida desde el corazón.

En la unión erótica "se expresa y se perfecciona particularmente" la entrega mutua que asocia "al mismo tiempo lo humano y lo divino" (*Gaudium et spes*, 49). Amándose, buscando y aceptando el placer del otro también a través de la unión sexual, los esposos viven la generosidad de la caridad y se dejan amar por Dios, porque Él ama la felicidad del ser humano y creó también el legítimo placer "para que lo disfrutemos" (ver 1Tim 6, 17). En este sentido, vivir a pleno la unión sexual en todo su dinamismo de dar y recibir placer, es un culto a Dios. Precisamente por eso, "de la unión erótica a la unión mística hay un paso fácil de dar" (J. Danielou, *La sculpture érotique*, Paris 1973, 15). El acto conyugal, cuando es verdadera expresión de amor en el matrimonio, participa del Sacramento que los ha consagrado como signo de la Alianza y los hace crecer en la comunión.

Por todo lo dicho, el matrimonio es un signo elocuente del llamado divino a la comunión, e invita también a las personas vírgenes a abrirse a lo diverso. Porque no hay mayor diferencia que entre el varón y la mujer y, sin embargo, pueden llegar a



compartirlo todo. De igual modo, el matrimonio motiva a la persona virgen a dejarse amar, pues su independencia no debe convertirse en una autosuficiencia ególatra, olvidando que somos vulnerables y que no podemos dejar de necesitarnos unos a otros (aunque esto no se refiera necesariamente al plano genital). Podríamos decir que la virginidad es un signo "escatológico" de Cristo resucitado, que no necesita de nosotros; pero el matrimonio es un signo "histórico" para los que seguimos caminando en la tierra, un signo del Cristo terreno que sí aceptó depender de los demás y necesitarlos. Los cónyuges, necesiándose y complementándose entre sí, son un signo para el consagrado, invitándolo a reconocer que él no es un ser

completo y acabado y que necesita del complemento de la comunidad para vivir y crecer sanamente.

### **Inhabitación familiar**

Los cónyuges están llamados a crear entre los dos ese "espacio teologal en el cual se puede experimentar la *presencia mística* del Señor resucitado" (*Vita Consecrata*, 42).

La familia es un verdadero templo, donde reside la presencia salvífica de Dios de un modo comunitario. Si hay inhabitación de la Trinidad en cada individuo, también la hay en esa riqueza de relaciones que es la familia.

En la experiencia de esta comunión familiar con el misterio comunitario de Dios, se alcanza la superación del individualismo.

### **Exclusividad abierta y libre**

En el matrimonio se gusta también el sentido profundo de pertenecer por completo solamente a una persona. La fidelidad es consecuencia de esa exclusividad que establece la alianza entre Dios y el pueblo. Cabe recordar que una de las notas características de Dios cuando se autodefine es la fidelidad (*emeth*). Por eso su alianza con el pueblo judío no ha sido ni será revocada (ver Rom 11, 28-29).

Sin embargo, esta relación mutua se diferencia claramente de una suerte de posesividad que no debe confundirse con la fidelidad. La perspectiva escatológica ("...en el cielo serán como ángeles": Mc 12, 25), nos invita a descubrir toda posible distorsión de una mutua pertenencia que no responda al ideal último del ser humano, propiedad *exclusiva* de Dios. Por eso, hay un punto donde el amor de la pareja alcanza su mayor liberación y se convierte en un espacio de sana autonomía: cuando cada uno descubre que el otro no es suyo, sino que tiene un dueño mucho más importante: su Señor, su único Señor. Evitar la búsqueda de dominio sobre el otro, es reconocer que sólo Dios puede actuar en nuestra libertad sin violentarla, porque es el mismo Creador de nuestra libertad. Nadie más que él puede pretender tomar posesión de la intimidad personal y secreta de un ser humano. "No eres tú mi centro, ni yo puedo ser tu centro, sino Dios": en el matrimonio este mensaje no es tan directo, y es el trato con las personas vírgenes, por lo que testimonialmente simbolizan, lo que refuerza la convicción de que hay un espacio del corazón que sólo Dios puede llenar, y nadie más. Un esposo, valorando este signo de la virginidad, puede sentirse llamado a recordar que el centro de su esposa debe ser Dios, y que hay en ella una soledad radical que él no puede acompañar, una zona que ninguna relación interpersonal puede llenar y ocupar.

El matrimonio siempre está llamado a superar la inmadurez del enamoramiento inicial (sin perder sus valores), dando paso a una relación donde el otro es descubierto en su verdad total y es aceptado tal como es. El principio de realidad hace que no exijamos lo que no puedan darnos. En este sentido, es preciso que el camino espiritual de cada uno ayude a "desilusionarse" del otro, quitando de la figura del ser amado las expectativas excesivas que se han desarrollado con la fantasía, porque exigiendo al otro lo que no puede dar, se alimenta la frustración y la violencia, en lugar de sostener una relación sana, realista, gratificante y libre. El espacio exclusivo que cada uno los cónyuges reserva para su trato solitario con Dios, permite sanar las heridas que a

veces provoca la convivencia, y al mismo tiempo posibilita encontrar en el amor de Dios un sentido y una fuerza que no pueden reclamarse a nadie más.

### **Espiritualidad del consuelo y del estímulo**

El hogar es el primer espacio donde cada uno ejerce su misión evangelizadora: "Los esposos cristianos son para sí mismos, para sus hijos y demás familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe" (*Apostolicam actuositatem*, 11).

El apelativo de "pastor" que suele aplicarse al sacerdote, también podría utilizarse para los esposos: ellos son *pastores* entre sí y son pastores de sus hijos. Son los instrumentos de Dios para protegerse, para alimentarse y fortalecerse el uno al otro en todas las dimensiones de la vida: física, psicológica, sobrenatural. El amor de Dios se expresa "a través de las palabras vivas y concretas con que el hombre y la mujer se declaran su amor conyugal" (*Familiaris consortio*, 12); San Pablo aconsejaba: "No se nieguen el uno al otro" (1Cor 7, 5). Cuando toda la vida de la familia es un "pastoreo" misericordioso, eso mismo se vuelca en la unión erótica.

*Padre y madre* son los esposos, no sólo con respecto a sus hijos, sino también en su relación mutua. Esto implica sacar todas las consecuencias del mandato bíblico: "Dejará el hombre a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y los dos serán una sola carne" (Gn 2,24).

*Artistas sagrados* son los esposos cuando con la palabra, el testimonio y el consejo, hacen, el uno del otro, una obra de arte. Cada uno, con sumo cuidado y delicadeza, cincela, pinta, escribe en el corazón del otro: "Vosotros sois mi carta, escrita en vuestros corazones... no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo" (2Cor 3, 2-3).

Los esposos también son *arquitectos, artesanos y constructores sagrados*, porque edificando pacientemente su familia participan de la edificación del cuerpo de Cristo, que "ha sido encomendada a todos" (*Presbyterorum ordinis*, 9). También son *sembradores y labradores*. Del mismo modo cada cónyuge es un *pescador* que en el nombre de Jesús "echa las redes" en los corazones de sus seres queridos (ver Lc 5, 5). Además, cada uno ejerce sobre el otro el *sacerdocio* de los fieles, cuando lo presenta a Dios en su oración de intercesión o cuando ofrece por él sus dolores y trabajos.



En definitiva, cada uno es *receptivo* de los carismas del otro. La cabeza no puede decir a los pies "no te necesito" (1Cor 12, 21), y "todos los miembros se preocuparán lo mismo los unos de los otros" (12, 25). Gozarse en el carisma del otro es una experiencia que puede vivirse particularmente en el matrimonio. La diferencia y complementariedad entre los sexos es un llamado a esta dependencia mutua, humilde y agradecida. Cada uno está llamado no sólo a contemplar a Dios, sino también a contemplar la imagen de Dios en cada miembro de su familia. Por eso, *contemplativo en la acción* es el cónyuge que intenta percibir la acción del Espíritu en el ser amado y en sus hijos, escudriñando respetuosamente el misterio de Jesús y el misterio del camino personal que él tiene para sus seres queridos. Cada uno se abre para acoger la riqueza de los demás miembros de la familia que, dotados de carismas, son para él padres, pastores, maestros, sembradores del Espíritu.

La vida en pareja es una participación en la obra creadora y salvadora de Dios. Es un arte sagrado de amor. No sólo al engendrar un hijo, sino en la tarea cotidiana de educarse el uno al otro, como el campesino que sabe conjugar la paciencia y la espera con el trabajo duro y entusiasta. La auténtica vida en pareja permite un enriquecimiento permanente, ya que cada uno es para el otro una invitación a superarse, a ir más allá de lo que ya es y de lo que ya ha alcanzado.

Ser fiel a sí mismo no puede ser el único ideal si no nos lleva a superarnos. El cónyuge capaz de alimentar el enamoramiento, agrada al ser amado, no tanto manteniendo el cuerpo en buen estado, sino cultivando todas las formas de belleza que hay en él: el trato, la forma de expresarse, el desarrollo de sus habilidades y capacidades, y también la capacidad de renuncia por el bien del otro.

Habrá que esquivar la tentación de caer en la abulia consumista de hoy, que a veces nos lleva a evitar todo cambio real, todo paso adelante, toda renuncia y obediencia. Por eso, frecuentemente se fomenta un tipo de unión que no es más que un contrato temporario de dos individualidades cerradas que se usan, sólo mientras ello sirva para la gratificación del yo.

## **Fecundidad**

Si nos cuidamos unos a otros no es para aislarnos del mundo, sino precisamente para poder penetrarlo hasta el fondo con la fortaleza del amor cristiano, acogiendo lo bueno y lo bello que el Espíritu ha sembrado en él. De ese modo, construyendo la familia se construye la sociedad: "La familia ha recibido directamente de Dios la misión de ser la célula primera y vital de la sociedad" (*Apostolicam actuositatem*, 11).

La vida familiar está llamada a dar frutos para los demás. El núcleo familiar se abre para derramar su bien en otros, con una constante creatividad en el deseo de buscar la felicidad de los demás. Porque "la fecundidad de las familias debe llevar a su incesante creatividad, fruto maravilloso del Espíritu de Dios, que abre el corazón para descubrir las nuevas necesidades y sufrimientos de nuestra sociedad, y que infunde ánimo para asumirlas y darles respuesta" (*Familiaris consortio*, 41). De este modo la familia es "símbolo, testimonio y participación de la maternidad de la Iglesia" (*Familiaris consortio*, 49), y es la mejor escuela de solidaridad. Cuando en la sociedad pretendemos escapar del dolor y del límite de los demás, vivir en familia nos obliga a enfrentarnos a esta realidad y a ocuparnos unos de otros. El espacio de autonomía que tiene cada uno de los dos esposos, es el lugar habitual como el hogar se abre para recibir nuevas riquezas del mundo externo.

La familia es también un núcleo evangelizador que difunde la luz y la vida del Evangelio en la sociedad. Aunque los esposos no puedan realizar una actividad evangelizadora conjunta, cuando uno de ellos actúa en tal ámbito, lleva consigo al ser amado y comunica también la riqueza que ha recibido de él en el trato conyugal.

## **Estabilidad**

Los esposos asumen el desafío y el anhelo de envejecer y desgastarse juntos. Aceptando el ideal de vivir juntos hasta el fin, renuncian al sueño individualista del nomadismo, tan presente en muchos posmodernos sin raíces. Esta firme decisión de entregarse para siempre, que marca profundamente un estilo de vida, es una "exigencia interior del pacto de amor conyugal" (*Familiaris consortio*, 11). Porque "si la

persona se reservase algo, o la posibilidad de decidir de otra manera en orden al futuro, ya no se donaría totalmente" (*Familiaris consortio*, 11). En este sentido, "quien no se decide a querer para siempre, es difícil que pueda amar de verdad un solo día" (Juan Pablo II, *Homilía a las familias*, Córdoba, 8 de abril de 1987).

Mientras la soltería y la virginidad pueden ser sólo una cómoda soledad, que da libertad de movimiento para cambiar de lugares, de tareas y de opciones, muchas veces se encuentra en los matrimonios el signo más claro de la generosa e inquebrantable fidelidad de Dios a su alianza. Porque hay personas que se atreven a mantener su fidelidad aún cuando el cónyuge se ha vuelto físicamente desagradable (en la enfermedad y en la adversidad), cuando ya no satisface las propias necesidades, y cuando hay muchas ofertas externas al matrimonio que permanentemente invitan a llenar esos vacíos. Las parejas pueden dar a los célibes el testimonio de un amor entregado *hasta el fin*, libre, desinteresado, oblativo y tierno que, a veces, no se



advierte en los vírgenes, muy centrados en sus necesidades insatisfechas, mendigos permanentes de caricias afectivas y encerrados en un círculo de personas agradables. En estos casos, las parejas son un signo del Amor crucificado, fiel hasta la muerte, capaz de dar generosamente sin la necesidad imperiosa de recibir gratificaciones.

Puesto que hoy el secularismo ha desdibujado el valor de una unión para toda la vida y ha debilitado la riqueza espiritual de la entrega matrimonial, "es preciso profundizar en los aspectos positivos del amor conyugal de modo que sea posible volver a *inculturar* la verdad del Evangelio, de manera semejante a como lo hicieron los cristianos de los primeros siglos. El sujeto privilegiado de esta nueva evangelización de la familia son las mismas familias cristianas" (Pontificio consejo para la familia, *Familia, matrimonio y uniones de hecho*, Roma 2000).

### **Densidad cristológica y teologal**

A partir de lo anterior, podemos reconocer cómo, en muchos casos, la significatividad espiritual de la vida matrimonial puede ser más luminosa que la de la virginidad de un sacerdote. Avancemos en esta cuestión: hay un tiempo cronológico, que es una sucesión de instantes, todos con el mismo valor. Pero hay un tiempo vivido, donde no todos los momentos se experimentan de la misma manera. Hay tiempos de gran "espesor", y tiempos de poco valor humano. Cuando se logra centrarse en Cristo, todos los momentos se hacen profundamente "espesos" y la vida matrimonial se unifica e ilumina otorgándole una gran profundidad. Los dolores y angustias serán de comunión con la cruz del Señor y los momentos de vida y de gozo se experimentarán como una participación en la vida plena de la resurrección. Los momentos de placer compartido, con todo su potencial de comunicación, oblatividad y expresión amorosa, pueden ser preparados y luego agradecidos en instantes de oración compartida. No hay por qué separarlos de la relación con Dios como si fueran un "pecado permitido". El misterio de la Encarnación, que convierte al matrimonio en un Sacramento (signo eficaz de la gracia), que se consuma en la unión sexual, muestra hasta qué punto Dios ha entrado también en la carne humana cuando se hizo hombre, convirtiendo la corporeidad en una mediación de la gracia. Por eso, cuando la unión de los cuerpos ha sido verdadera expresión del amor, ha de ser celebrada en la oración igual que toda la historia de la familia.

También en las crisis la unión con Jesús abandonado puede evitar una ruptura, y permite mantener la fidelidad junto a la cruz que se clava en la misma vida matrimonial. Pero en la pareja, la curación completa no se produce en la oración solitaria, sino cuando se sanan las heridas en la oración *compartida* que alcanza su culminación participando juntos de la Eucaristía. Allí, en el Sacramento de la nueva Alianza, los esposos pueden volver frecuentemente a sellar la alianza que los ha unido y que refleja la Alianza que Dios selló con la humanidad en la Cruz (*Familiaris consortio*, 57).



El matrimonio es una unidad de personas distintas y, en ese sentido es un peculiar reflejo de la Trinidad. Porque la familia de la Trinidad es unidad en la diversidad y sin fisuras, es plenitud de comunión vital que supone y exige la distinción. El matrimonio también es un signo cristológico, porque manifiesta la cercanía de Dios que comparte en toda la vida del hombre uniéndose a él en la *Encarnación*, en la *Cruz* y en la *Resurrección*: cada uno de los cónyuges se hace "una sola carne" con el otro, se ofrece a sí mismo para compartirlo todo con el otro hasta el fin, y está siempre presente en el otro por la vida del amor.

La humanidad de Cristo, que pudo ser perfecta, madura y plenamente desarrollada sin necesidad de actuaciones genitales, muestra que el ideal de la virginidad no contradice las inclinaciones más profundas del hombre sino que permite realizarlas de otra manera. Pero como Cristo no puede ser contemplado solo, sino que su verdad plena no se entiende sin la Iglesia, el matrimonio es un signo de esa unión entre Cristo y la Iglesia (ver Ef 5, 32), entre Jesús y la humanidad. Y así le recuerda a los vírgenes que su consagración a Cristo debe impulsarlos a reproducir su donación total a los demás, y que su libertad virginal para amar a todos debe convertirse *efectivamente* en expresiones concretas de cuidado, de servicio, de generosidad, de una vida para la comunidad.